

Globalización financiera y estrategias de desarrollo*

Santos, Theotonio dos

Theotonio dos Santos: Economista brasileño. Profesor titular del Departamento de relaciones internacionales de la Universidad de Brasilia. Profesor visitante de las universidades de Ritsumeikan (Kyoto) y París VIII.

Las posibilidades de un nuevo ciclo de desarrollo a nivel mundial pasan por reformas socioeconómicas en los países atrasados y de desarrollo medio para destrabar los canales de crecimiento y generar un movimiento financiero no especulativo, ligado a una nueva fase de expansión del sistema productivo. ¿Pero cuáles son las posibilidades de una nueva política industrial latinoamericana y caribeña que aproveche sus ventajas relativas y el potencial de sus fuerzas productivas en el contexto de una fuerte reestructuración de la economía mundial, donde las fuerzas capaces de ordenar intereses y potencializar capacidades productivas pasaron a desempeñar un papel fundamental?

Las crisis económicas estructurales o de largo plazo, como la iniciada en 1967, se acompañan de un fuerte proceso de especulación financiera tendiente a compensar el descenso de la tasa de ganancia con el aumento de los valores financieros. Este proceso encuentra su límite en sus propios efectos inflacionarios, que tornan inviable un crecimiento económico sustentado. La especulación con los activos financieros aumenta con la elevación de las tasas de interés, la especulación con acciones y otros papeles y con los activos materiales como los inmuebles y la tierra, que tienden a sufrir ascensos artificiales; tales movimientos especulativos terminan quitando recursos del sector productivo. En consecuencia las propias empresas se inclinan por buscar ventajas en la inversión financiera a cambio de la inversión productiva y se asiste a una creciente liquidez en el conjunto de la economía.

Como todo proceso de este tipo, la especulación termina generando su contrario: la generalizada desvalorización de los activos financieros. Esta se ve precedida por la baja en la utilización de los activos productivos existentes o la subutilización de la capacidad instalada, que lleva a la simple y pura quiebra de las empresas tecnológicamente obsoletas o poco competitivas en general. En la fase actual del capitalismo monopolista de Estado, esta tarea de destrucción de sectores industriales enteros se realiza a través de políticas estatales, programadas alrededor de amplios mo-

vimientos de reconversión industrial, reestructuración de empleos, retiros anticipados, etc.

La caída de las inversiones productivas se apoya también en el aumento de las tasas de interés, creando diversos excedentes orientados hacia la especulación, a la espera de nuevas oportunidades de inversión. Es evidente que el surgimiento de excedentes financieros autónomos, sin pasar por el ciclo del capital productivo, termina provocando el efecto contrario: la caída de los valores de esos excedentes y de la tasa de interés y una reasignación de inversiones productivas hacia nuevas bases tecnológicas, dejando atrás los sectores en retroceso o incluso destruidos, para abrir camino a nuevas inversiones con gastos en capital constante más bajos y de mayor productividad, que se complementa con la búsqueda de mayor productividad del trabajo y mejor calidad de los productos. Se diseñan, así, dos curvas opuestas entre inversiones productivas y especulación financiera.

Desindustrialización

Los datos revelan que la crisis de largo plazo del ciclo de Kondratiev, iniciada en 1967, se caracterizó por una caída del ritmo de crecimiento del sector industrial. La tasa media de aumento anual de la industria manufacturera en los países de economía «de mercado» fue de 4,5% entre 1938 y 1958, de 6,6% de 1958 a 1967, de 5,2% de 1967 a 1971 y de 2,5% de 1971 a 1981¹. Estos datos brindan un panorama más realista cuando al desdoblar los diversos sectores y ramas industriales se ve claramente la debacle de una parte de ellos, en tanto emergen otros nuevos. Lo cierto es que, en el período señalado, prevalece la caída y la destrucción sobre la reconstrucción.

Durante los años 70 y 80 vimos la «desindustrialización» de EEUU, Europa y Japón, con la desaparición del sector siderúrgico tradicional, gran parte de la producción textil, de las industrias de manufacturas, etc. En los nuevos sectores electrónicos se produjo también el surgimiento de industrias de piezas y equipos periféricos y hasta de montaje de productos finales en los países de desarrollo medio o en «zonas comerciales e industriales libres». ¿Qué ocurre con las variables monetarias y financieras en este contexto? Según el estudio señalado, los índices de precios de los principales países de la OCDE revelan un movimiento opuesto, desde los 60, entre el dólar y las demás monedas. Pese a todos sus tropiezos, el dólar mantiene la convertibilidad con el oro hasta 1971, cuando se inicia su violenta caída en el mer-

¹Datos de la ONU, calculados por el CEPIL, en Denis Aulters: *L'Économie Mondiale, La Découverte*, París, 1987, p. 210. En los años 80 esta tasa se reduce al 2,3% (misma fuente, en CEPIL: *Commerce International: La fin des Avantages Acquis*, Económica, París, 1989, p.3).

cado mundial. Esto se refleja en el índice de precios: después de una ola inflacionaria en EEUU desde 1960 a 1971, se inicia una caída en el aumento de nivel de precios hasta 1980, cuando surge una nueva ola hasta 1985 , después de la cual asistimos a una tendencia deflacionaria que se prolonga hasta 1992. Los demás países del Grupo de los Siete presentan un movimiento opuesto (excepto Francia entre 1960 y 1971). El hecho más importante es la tendencia a índices más altos de inflación a partir de 1983, cuando EEUU revela una caída del índice medio de precios. Es necesario recordar también que la desvalorización del dólar en el mercado monetario mundial es también una forma de desvalorización de los activos norteamericanos y de desinflación. La tendencia a la baja del dólar terminó por imponerse desde 1990 y tenderá a prolongarse hasta 1994, completando el ciclo iniciado en 1967. Este movimiento descendente, y sólo él, permitirá a la economía capitalista mundial regular sus precios relativos, terminar de liquidar sectores industriales que sobreviven a costa de proteccionismos y monopolios exacerbados y abrir los caminos para una nueva fase de crecimiento económico más estable, a partir de la definición de las zonas hegemónicas principales y de los nuevos patrones tecnológicos.

Para adaptarse a esto, el sistema financiero viene sufriendo una fuerte conmoción y profundas transformaciones. La más importante es la caída de su poder de autorregulación, valorización excesiva y consecuente especulación. En la medida en que se profundiza la crisis del sector productivo y las empresas abandonan totalmente la demanda de préstamos, tornándose incluso en aplicadoras líquidas en el mercado de valores - tal como viene ocurriendo y deberá acentuarse en el transcurso de la recesión actual - el costo del dinero viene cayendo drásticamente, arrastrando consigo a enormes imperios financieros construidos en la fase especulativa.

No sería de extrañar que, en la fase de esta nueva desvalorización, nuevos sectores financieros acompañen el movimiento de los años 70 (cuando se nacionalizaron los sectores financieros de Francia, Portugal y México, entre otros casos de estatización parciales) y se transfirieran al Estado, a fin de que él asuma tanto los reales como potenciales perjuicios. De hecho estamos asistiendo, desde hace varios años, a fuertes movimientos de desvalorización de activos financieros. El crac de octubre de 1987 hizo desaparecer de la economía mundial cerca de 3.000 millones de dólares en un solo día. La devaluación del dólar en casi un 40%, producida enseguida, conmovió fuertemente las mayores reservas financieras del mundo y, aunque posteriormente esos activos en parte se recuperaron, podemos ver cómo la baja del dólar se convirtió en una tendencia dominante en los años siguientes, depreciando en

consecuencia la deuda externa norteamericana y los excedentes financieros de Japón y Alemania, entre otros.

Deudas

Otra manifestación de la desvalorización de activos internacionales es la caída de la deuda externa del Tercer Mundo en los mercados financieros. A fines de 1988 y comienzos de 1989 el desaguo de esta deuda llegaba a hacerla rondar el 20% de su valor nominal. La gravedad de la situación llevó al reconocimiento estatal del problema y al lanzamiento del plan Brady que, al admitir la compra de los títulos por el 80% de su valor, provocó su inmediata recuperación, promoviendo un aumento del valor real de la deuda en los mercados paralelos y salvando a los bancos norteamericanos (sobre todo los menores) de una crisis extremadamente grave.

Era necesario, con todo, que el plan Brady se tradujera en acciones más o menos inmediatas, lo que sólo ocurrió con México. Un escepticismo respecto de su aplicación derivó en una nueva caída del valor real de las obligaciones del Tercer Mundo, particularmente las de América Latina. Sobre todo si tomamos en cuenta los cambios políticos ocurridos en el continente y que llevaron a un endurecimiento de la posición de los países deudores. Dura postura compensada con una creciente aceptación de las políticas económicas propuestas por el FMI y por un liberalismo económico sorprendentemente adoptado en algunos casos por corrientes políticas opuestas a él. Pero, por otro lado, aumentó la disposición de negociación de los bancos internacionales en quiebra, así como el perdón de una parte de las obligaciones. Junto a una baja de las tasas de interés a nivel internacional, la conjugación de todos estos factores llevó a una disminución del valor real de los compromisos.

Vemos pues que la coyuntura financiera internacional, inaugurada con el crac de 1987, indicaba un claro sendero de desvalorización de activos financieros. Las políticas de aumento de las tasas de interés difícilmente pudieron salvar esta situación pues reforzaron las tendencias recesivas de la economía mundial y la transferencia de recursos desde el sector productivo al financiero en busca de más elevadas rentas. En la medida en que ningún sector económico pudo pagarlas, solamente el déficit público fue capaz mantener aquellas altas tasas de interés. Pero el déficit público es un recurso cada vez más limitado a nivel internacional; enseguida asistimos a medidas de descenso de las tasas de interés y a reluctantes pero inevitables cortes en el «déficit» público.

El crecimiento de los títulos de la deuda pública emitidos en los años 80 provocó un aumento demasiado fuerte del volumen de pagos en concepto de interés y de su peso relativo en las erogaciones del sector. Esto se tornó sobre todo válido en Estados Unidos. El renglón correspondiente a pago de intereses de la deuda pública se ha ido convirtiendo en uno de los principales responsables del déficit que paradójicamente pretende financiar. Es pues evidente que el mecanismo de endeudamiento para pagar el endeudamiento - el «reciclaje» de la deuda - debe llegar próximamente a su final y junto con él la imposibilidad del Estado de pagar los intereses artificiales que sirvieron, en gran parte, de soporte al movimiento especulativo de la década del 80.

En verdad, el gigantesco déficit público de EEUU y los títulos lanzados para cubrirlo se convirtieron, en los años 80, en el punto de partida de un inusitado movimiento de especulación financiera internacional. Los excedentes acumulados por Alemania y Japón, a partir de sus superávits comerciales, se volcaron a EEUU alimentando un mercado financiero gigantesco. El auge económico resultante de esa situación engendraba, al mismo tiempo, un mercado de acciones en alza especulativa fuera de lo común. Fue el reino de los «yuppies» y de los dueños del dinero. Los países deudores del Tercer Mundo agregaron más leña a esta fogata entregando enormes recursos financieros, como pago de los intereses de sus deudas, al mismo tiempo que tomaban nuevos préstamos para pagar el resto. Como ocurre con todo movimiento especulativo, cuando éste comienza a inviabilizar el ciclo productivo en que se apoya, inmediatamente empiezan a derrumbarse los castillos de arena de valores artificiales construidos por la especulación desenfrenada. En la medida en que desciende el ritmo de la especulación, comienza a caer todo un sistema de cotizaciones artificiales de papeles y otros valores, como los inmobiliarios, sin respaldo en la circulación de bienes.

En la fase actual del capitalismo, el Estado aún dispone de un poder de intervención muy fuerte. Pero es imposible que pueda anular la tendencia a la caída de ese sistema financiero. Las intervenciones del encargado de finanzas norteamericano, tratando de generar mecanismos para salvar la desvalorización de la deuda y estableciendo nuevos aumentos de la tasa de interés para secar la economía, a costa del aumento del déficit público generado en parte por el pago de intereses, indicaron exactamente las posibilidades y los límites del capitalismo de Estado para neutralizar los movimientos cíclicos. Independientemente de sus objetivos, estas medidas tuvieron un efecto deflacionario y recesivo grave y relativamente largo. La recesión iniciada en 1990 debe prolongarse hasta 1994, aparte de extenderse al mundo entero.

Es evidente que esta recesión viene provocando una caída de la demanda norteamericana y del comercio mundial apoyado en ella. Japón y Alemania tuvieron que buscar alternativas para su dinámica económica exportadora y para salvar sus inversiones en moneda norteamericana. Esto llevó a Alemania a una búsqueda creciente de nuevos mercados en el Este europeo, profundizándose la crisis del socialismo en la región. Esto llevó también a Japón a reorientar su política en el sudeste asiático acentuando su aproximación a Corea, China y Vietnam, aparte de su mayor agresividad económica en la región.

América Latina

América Latina podría sacar partido de esta situación si dispusiera de los medios políticos para diseñar una política económica que reconociese la drástica rebaja del valor de su deuda. Puede negociar la no tanto a precio de mercado, sino por lo menos anularla en parte, suspendiendo la remesa de intereses en el corto plazo y obteniendo mejores condiciones de negociación. Así podría mantener una posición comercial no tan desfavorable en la coyuntura de baja del comercio mundial diseñada desde el comienzo de los 90. Le falta con todo reorientar firmemente los flujos comerciales de los países más industrializados de las regiones hacia los países que ofrezcan recursos para la importación de maquinarias actualizadas por la revolución electrónica actual. Esto viene siendo posible a través del fortalecimiento del comercio regional, pero debe diseñarse todavía un plan de desarrollo para el conjunto de la región.

Estas políticas aparentemente contradictorias están convirtiéndose en viables debido a los desequilibrios del comercio mundial en su conjunto y a la necesidad de utilizar los excedentes financieros girados en los 80. Una política de inversiones bien conducida puede atraer en esta coyuntura excedentes que renuncien a la búsqueda de ganancias inmediatas a cambio de su implantación en nuevas zonas del mundo con perspectivas de futuras cosechas. Para atraer estos capitales se hace necesario, con todo, extender los mercados internos y el intercambio entre las zonas más y menos industrializadas. Para que el Brasil, Argentina y México puedan absorber las posibles inversiones japonesas y alemanas, deberían montar una enorme operación de ampliación de sus amplios mercados internos potenciales y un programa de desarrollo de los otros países de América Latina y el Caribe, de Africa y de otras regiones del mundo, como los ex-países socialistas que necesitan de productos de tecnología intermedia. Sólo así podrían encontrar salida para sus industrias básicas subutilizadas.

La otra fórmula que está siendo ya implementada es el ingreso, como exportador hacia el mercado norteamericano, a través del TLCAN o por la denominada Iniciativa Bush. De esta manera los países más industrializados de América Latina se convertirían en plataformas intermedias para las exportaciones japonesas y europeas hacia EEUU. Este camino sería, con todo, una reproducción de los rasgos dependientes, excluyentes y marginalizadores del desarrollo de la región. Este camino podrá, en lugar de ser un factor de crecimiento, una alternativa a las reformas socioeconómicas que necesita la región.

Las posibilidades de un nuevo ciclo de desarrollo a nivel mundial pasan por reformas socioeconómicas en los países atrasados y de desarrollo medio para destrabar los canales de crecimiento y generar un movimiento financiero no especulativo, ligado a una nueva fase de expansión del sistema productivo. ¿Pero cuáles son las posibilidades de una nueva política industrial latinoamericana y caribeña que aproveche sus ventajas relativas y el potencial de sus fuerzas productivas en el contexto de una fuerte reestructuración de la economía mundial, donde las fuerzas subjetivas capaces de ordenar intereses y potencializar capacidades productivas pasaron a desempeñar un papel fundamental?

Nuevos modelos de desarrollo

Luego de varios años de intentos por descartar la teoría de la dependencia como punto de referencia básico para comprender la realidad de América Latina y el Caribe, las ciencias sociales del continente vuelven a atender las primeras cuestiones apuntadas por aquella. La deuda externa, que considerábamos como la síntesis de la dependencia, cobró su precio en la década del 80. La condición de exportadores de excedentes económicos, oculta por varios mecanismos y argumentos tendenciosos, ya no puede ser camuflada más. Los efectos de esa transferencia de recursos hacia el exterior sobre nuestro crecimiento y nuestra miseria social quedaron evidentes y son hoy universalmente aceptados. El fracaso de un liberalismo político que intentó compatibilizar democracia con dependencia, concentración de la renta y miseria social, comienza a evidenciarse con la tendencia del electorado a cambios políticos claramente dirigidos hacia movimientos y partidos de origen popular o populista - o incluso de izquierda o socialistas -.

Es hora pues de retomar una línea de análisis, abandonada en nombre de la ciencia y de la objetividad, cuando en verdad fue sustituida por una verdadera postura ideológica, que buscaba ocultar las realidades vividas por nuestros pueblos. Debemos situar nuestra evolución económica en el contexto de la economía mundial,

analizando las modalidades de inserción de nuestras economías nacionales en su movimiento global, cuyas direcciones tenemos que descubrir para entender las perspectivas de los modelos locales y nacionales de desarrollo. Es aconsejable también que abandonemos de una vez por todas las tentativas de importar modelos económicos, sociales, políticos y culturales de los centros dominantes de la economía mundial. La realidad de esos países se explica en parte por nuestra realidad; somos la otra cara de su expansión internacional. Por definición, no podemos repetir sus patrones de desarrollo.

Por otro lado, la expansión de estos países hacia el exterior explica un aspecto fundamental de las condiciones estructurales de nuestro desarrollo, caracterizado por un tipo de capitalismo dependiente, concentrador, marginalizador y excluyente. Este hecho no niega las distintas realidades de cada país o región en el contexto global. Cada una de ellas tiene su propia estructura de clases, desarrollo de las fuerzas productivas y resistencia de manera específica a las tendencias globales del sistema mundial. No es posible pues reducir las realidades nacionales y locales a la lógica de la economía mundial. Pero es imposible también comprender esa lógica local o nacional fuera del contexto de nuestra inserción en la economía mundial. Vimos que ésta se encuentra bajo la acción de tres grandes factores o variables básicos:

1)La revolución científico técnica (RCT), que determina la evolución de fuerzas productivas en el sentido de un gasto creciente en investigación y desarrollo (I y D), planeamiento, diseño, mercadología y en la formación de mano de obra de alta calificación al mismo tiempo en que libera, a través de la automatización, el trabajo directamente productivo dando origen a una creciente proporción de tiempo libre en la sociedad - que puede expresarse en desempleo o en una menor jornada de trabajo o mayor tiempo de ocio -. La RCT determina también la aparición de nuevas tecnologías - nuevos materiales, biotecnología, inteligencia artificial - que deberán revolucionar sus propias bases. En su fase actual de desarrollo, la RCT provoca la sujeción de la ciencia aplicada a la ciencia básica, convirtiendo esta actividad en parte de la circulación del capital y del planeamiento estratégico de desarrollo económico. Este se hace cada vez más intensivo en lugar de extensivo, se modifican fuertemente los términos de las políticas de desarrollo que deberán encuadrarse dentro de una nueva división internacional del trabajo - en la cual el control de la ciencia y la tecnología y de las actividades de servicios básicos propios de la era de la comunicación ocupa un lugar privilegiado en relación a los centros de producción industrial -.

2) El proceso de globalización, que resulta del aumento de la comunicación entre los hombres en forma cada vez más instantánea y generalizada y lleva a la internacionalización del sistema productivo y de los servicios. Se crea en consecuencia una nueva realidad en la cual la economía mundial, la cuestión de la guerra o la paz, la superación de las antiguas estrategias militares, la conquista espacial conjunta, la preservación del medio ambiente, la elevación de la calidad de vida, la superación del hambre, la miseria y el analfabetismo, la gestión de una sociedad mundial, la garantía de una convivencia democrática, pluralista y fecunda entre distintas civilizaciones dejan de ser problemas filosóficos y morales para constituirse en necesidades prácticas cuya solución es la garantía para la sobrevivencia de la humanidad y la viabilización de su funcionamiento. La humanidad dejó de ser una abstracción para convertirse en una realidad material y cotidiana.

3) La regionalización, que tiende a crear las condiciones para una sociedad mundial más cooperativa, a través de las integraciones regionales, pero que favorece al mismo tiempo el fraccionamiento de la economía mundial en grandes bloques, con mercados relativamente protegidos. Este proceso tiende a la generación de poderes supraestatales, aunque al mismo tiempo fuerza a los Estados nacionales a aumentar su poder regulador sobre las economías nacionales para servir de intermediarios en la coordinación de las iniciativas regionales.

Estado nacional y región global

También estos procesos globales afectan fuertemente el funcionamiento de Estados nacionales, empresas y movimientos sociales; y recolocan en nuevos términos el debate entre liberalismo y proteccionismo, mercado y planeamiento, descentralización y centralización. América Latina y el Caribe se sitúan en este complejo global en una posición dependiente y subordinada. No participa en la creación y desarrollo de la RCT, sino que recibe sus influencias bajo la forma de importación de tecnologías y conocimientos científicos, disponiendo de un aparato mínimo de producción de conocimiento. Dentro de sus limitaciones, la región viene realizando, con todo, un esfuerzo para insertarse en la producción contemporánea de conocimiento científico y de las nuevas tecnologías que tendrán un enorme impacto en las futuras estructuras productivas. En los estudios sobre el «state of arts» de las ciencias y las tecnologías en la región puede apreciarse sus limitaciones globales en I y D, en formación de científicos, ingenieros y técnicos, en creación de propia tecnología.

Pese a los esfuerzos realizados, es evidente que no pueden esperarse grandes resultados en este sector en tanto la región no disponga del control de su propia economía y no pueda aplicar una política de desarrollo volcada hacia sus propias necesidades, superando la dependencia estructural, las sobrevivencias oligárquicas de su clase dominante y su condición subordinada, antinacional y antipopular, las fuertes concentraciones de la renta y la propiedad, las fuertes tasas de explotación del trabajo que desestimulan las inversiones en alta tecnología, etc.

Solamente cambiando las estructuras básicas de clase y de poder sería posible modificar radicalmente las prioridades de las políticas públicas, favoreciendo a la población: su alimentación básica, salud y vivienda, educación y capacitación para el trabajo y la gestión de la economía y de la vida política nacional. Al contrario, en las últimas décadas hubo un abandono creciente de las inversiones en recursos humanos y de carácter social. Un reciente estudio sobre la política para el desarrollo social de la región muestra que los avances del sector fueron modestos en las fases de crecimiento de 1950 a 1980, y que su situación se torna desastrosa en la década del 80, marcada por la recesión y el pago de los servicios de la deuda externa².

La profundidad de la actual crisis latinoamericana y caribeña es un reflejo de los límites de su estructura interna y también de su inserción en la economía mundial. Pese a las enormes transformaciones realizadas por el capitalismo mundial en los últimos años, éste se reveló relativamente fuerte en su capacidad para destruir las economías precapitalistas pero bastante incapaz de expandir sus relaciones de producción hacia las zonas colonizadas y de menor desarrollo. La consecuencia de estos límites es la situación de dependencia y subdesarrollo en que se sumergen estas regiones, cada vez más alejadas de los niveles de civilización alcanzados en los centros internacionales.

Expansión y dependencia

Las razones para esta aparente contradicción se encuentran en la propia naturaleza de la expansión capitalista mundial. A pesar de presentarse en un contexto ideológico marcado por la idea de difusión de una civilización industrial para el planeta, el vehículo para esa globalización es extremadamente limitado. Las empresas capitalistas, ya sea en sus versiones liberales - aquellas de los monopolios de fines del siglo XIX, trusts y carteles -, ya sea en la forma de corporaciones multinacionales posteriores a la segunda guerra mundial, o incluso en su evolución posterior hacia

²V. Roberto Guimarães: «A Procura da Equidade: Restrições e Políticas para o Desenvolvimento Social da América Latina» en Revista Brasileira de Ciencia Política, vol. 1, N° 1, Brasília, 3/1989.

la forma de corporaciones trasnacionales y bajo su forma reciente de empresas globales, en todas estas versiones ellas siempre vieron en los países coloniales una fuente de rápidas y elevadas ganancias, nunca un espacio a ser integrado al mercado mundial. Mucho menos, es cierto, tuvieron alguna identificación con los intereses de sus pueblos como naciones, como ciudadanos o incluso como conjunto de individuos económicamente utilizables.

De ahí el resultado insuficiente y pobre de la expansión capitalista en las zonas ex-coloniales del llamado Tercer Mundo. Su capacidad de integrar internamente esas economías y sociedades, y por tanto de incorporarlas como conjunto a la economía mundial es muy limitada. Varios autores ven una oposición entre el nacionalismo económico del Tercer Mundo y su integración en la economía mundial. Nada más equivocado. Solamente la realización de los ideales nacionalistas de integración de las economías nacionales y el aumento de su potencial productivo volcado hacia su mercado interno daría a esas naciones el poder de incorporarse realmente al mercado mundial como vendedoras y compradoras. Los teóricos del nacionalismo económico tercermundista siempre se apoyaron en autores como Friedrich List, en la experiencia del proteccionismo norteamericano que triunfó con la guerra de secesión, en el proteccionismo casi espontáneo de Japón, etc., para justificar sus propias visiones de construir una nación integrada y poderosa para poder competir en el mercado internacional. Ninguna de esas experiencias llevó al cerramiento de esas naciones frente a la economía mundial. EEUU, Alemania y Japón son los principales puntales de la economía mundial contemporánea.

El poder competitivo de las corporaciones multinacionales, la fuerza y la atracción de la demanda de los países centrales sirvieron siempre como un dique frustrador de esas esperanzas. Especializaron a aquellos países en actividades de alta rentabilidad inmediata en el mercado internacional y abortaron los factores integradores de sus economías nacionales. Sus burguesías nacionales fueron muy débiles para oponerse a las ventajas ofrecidas por el mercado mundial. El resultado ha sido sin embargo decisivo: la modernización promovida por el sector exportador está siempre limitada a una parte reducida de la población. La mayoría se ve trasladada, en ondas sucesivas, de las actividades de sobrevivencia y lanzada a un mercado capitalista incapaz de absorberla. Excluida y marginalizada, no forma un mercado interno fuerte y no impacta sobre la producción capitalista. Al contrario, funciona como un inmenso ejército de reserva potencial que corroe la capacidad de negociación de los trabajadores del sector productivo y los mantiene con bajos salarios, limitando consecuentemente la expansión del mercado y la capacidad de compra de la población en su conjunto.

El cruce de esta situación económica y social marginal con elementos étnicos y culturales tradicionales y con la asimilación de una cultura urbana y de masas en dosis violentas, sin condiciones de alcanzar un mínimo de los niveles de consumo de las masas urbanas de los países capitalistas desarrollados, crea una psicología social extremadamente inestable, violenta y destructiva que limita la capacidad de organización contra esta situación estructural. Este no es evidentemente el ambiente ideal para una sociedad democrática. De ahí la especificidad de la problemática enfrentada por los políticos, administradores y científicos sociales del Tercer Mundo en general y de América latina y el Caribe en particular. Es imposible entender esta realidad sin definir las modalidades de inserción de estas naciones en la economía mundial y sus varias fases; sin definir claramente las formas de propiedad (nacional o internacional) que se instalan en esos países y las especificidades de sus clases dominantes, que ocupan una posición incluso intermediaria de las clases dominantes externas; sin entender el papel de las remesas de ganancias y otras modalidades de envío de excedentes generados desde el país, el rol de los préstamos internacionales como viabilizadores de esa estructura y como una forma más de captación de sus recursos internos.

Las modalidades específicas de desarrollo económico viables en esas condiciones (tales como sustitución de importaciones), los efectos de la especialización del aparato productivo y sus resultados en la estructura socioeconómica interna y en las relaciones internacionales (términos de intercambio desfavorables), la importancia de la superexplotación del trabajo para viabilizar esta estructura dependiente, el papel de las masas marginadas en la degradación de los salarios del sector de los trabajadores empleados, el papel de los servicios personales (empleadas domésticas, cargadores, prostitución, etc.) en la perpetuación de la oligarquía y de una clase media de comportamientos y costumbres aristocráticos. He aquí una temática específica a las condiciones de desarrollo capitalista dependiente.

Son pues formaciones sociales que se consolidan, en contacto con y como consecuencia de la economía mundial. Pero, al mismo tiempo, son muchos los factores que bloquean la integración de esas economías nacionales en el movimiento global de la creación de una sociedad planetaria. Se trata evidentemente de anacronismos, formas arcaicas reproducidas por una modalidad limitada y estrecha de modernización. ¿Qué escenario podemos anticipar para América Latina y el Caribe si se repitieran, en una nueva fase, de evolución de las fuerzas productivas, los ciclos anteriores de incorporación dependiente a la economía mundial? Esta incorporación se materializaría en la condición de exportadores manufactureros, dentro de la nueva división internacional del trabajo, nacida de la actual evolución de la econo-

mía mundial, sin las debidas correcciones impuestas por las voluntades nacionales de los países de la región y por las necesidades de sus poblaciones.

Es necesario resaltar que las unidades de producción contemporáneas son complejos sistemas productivos que incorporan el financiamiento de investigación y desarrollo, el planeamiento, el diseño y las metas de producción, divididas en varias unidades incorporadas a diferentes sectores económicos. La división del trabajo a través de varias ramas industriales implica unidades de producción y diferentes servicios directa e indirectamente productivos hasta el montaje del producto final y su colocación en el mercado (mercadeo, publicidad, distribución, ventas, financiación al consumidor, etc.). En este sistema complejo, la producción manufacturera es cada vez menos independiente. Ella se convierte en la fase de un proceso global que es comandado por la I y D y las estrategias centrales de planeamiento financiero, de producción y de ventas. Especializarse en una pequeña fracción de este proceso es el mejor camino para reproducir, en forma aún más profundamente marginal y excluyente, las relaciones de dependencia estructural que describimos anteriormente. No solamente significa perder cualquier control del proceso productivo interno. Significa también restringir ese proceso a su parte menos modernizadora y menos generadora de empleo, reforzando drásticamente la marginalidad social, el subempleo e incluso el desempleo abierto. Como vimos, en la fase actual de la RCT, la automatización tiende a destruir gran parte de las actividades directamente productivas. El empleo asalariado agrícola e industrial es hoy el sector menos dinámico de la fuerza de trabajo. La gran fuente de empleo actual se encuentra en los sectores indirectamente productivos: en la comunicación, la educación, la investigación y desarrollo, la administración y gerencia, los servicios sociales, el ocio, el turismo, etc.

Especializarse en una producción manufacturera localizada y definida por el mercado mundial, sin integrar la economía nacional, sin promover la educación y modernización de las masas urbanas marginalizadas, sin desarrollar una infraestructura propia de I y D, sin explotar las posibilidades de las nuevas tecnologías de ofrecer mayor competitividad internacional; éste es el camino para un nuevo ciclo de graves problemas económicos, sociales y culturales. El contacto de estas masas analfabetas, famélicas, desempleadas o subempleadas con los fantásticos medios de comunicación modernos a los cuales terminarán teniendo cada vez mayor acceso - debido a su abaratamiento y a su rápida sustitución, que crea un enorme mercado de productos de segunda mano - sólo podrá producir más violencia y anomia social, desagregación cultural, consumo de drogas y criminalidad.

No se trata de una visión catastrofista. Los datos actuales muestran la degradación de la vida social del continente y el crecimiento de la anomia. Es innegable que el persistir en el mismo modelo económico social bajo una forma más eficiente e intensiva sólo podrá acentuar estas tendencias.

*Nota: Este texto corresponde a dos capítulos del libro Economía mundial, integração regional e desenvolvimento sustentável, inédito en castellano.

Referencias

*Aulters, Denis, L'ECONOMIE MONDIALE. p210 - París, La Decouverte-CEPIL. 1987; A Procura da Equidade: Restrições e Políticas para o Desenvolvimento Social da América Latina.

*Aulters, Denis, COMMERCE INTERNACIONAL: LA FIN DES AVANTAGES ACQUIS. p3 - París, Económica. 1989;

*Guimaraes, Roberto, REVISTA BRASILEIRA DE CIENCIA POLITICA. 1, 1 - Brasilia. 1989;